

## **Un gol lleno de deudas. Uruguay, el fútbol y todo eso**

karl-ludolf Hübener

*«Con un abono de 4.000.000 de dólares sobre la deuda externa brasileña fue vendido Romario Fariás, astro del fútbol de Brasil, al equipo campeón holandés PSV Eindhoven. Como lo señalara el Jornal do Brasil, la firma holandesa Philips pagó esa suma por el delantero de 24 años de edad con un crédito contra el Banco Central brasileño. Este había sido adquirido previamente por la Philips en el mercado de títulos de la deuda con un descuento de un 25 por ciento». (Información del 22.10.88)*

Isla de Flores. Una calle de Montevideo no muy lejos del centro. La tarde está avanzada, el calor ha descendido un tanto. Los escasos conductores de vehículos deben disminuir la velocidad en algunos trechos y moverse como si se tratara de un slalom. Por delante hay chicos que corren tras una pelota. Los balones, en su mayoría, están arrugados, blandos o aplastados; los largos años de lucha callejera han terminado, efectivamente, por quitarles el aire. Dos piedras marcan el arco. Las horas pasan sin que decline el ritmo del juego. Los retoños juegan hasta bien entrada la noche corriendo tras los pases; los faroles callejeros reemplazan los focos del estadio. Gritos y llamadas acompañan la batahola. «Peñarol», «Nacional» o «Aguirre». Los chicos se identifican con sus clubes preferidos, se ponen nombres; nombres que recuerdan a los grandes «teman». Los nombres dependen de la coyuntura: algunas veces serán los «aurinegros» de Peñarol, otras los «tricolores» del Nacional - los dos grandes clubes uruguayos, que llevan la voz cantante, allá en la cima - o toman el nombre del que se está batiendo con éxito en una Copa nacional o internacional. Pero en la mayoría de los casos, los niños son cabalmente «hinchas» de los clubes tradicionales. Tal como lo son sus padres, de por vida.

Los más viejos se han sentado cómodamente en sus sillas, sobre la vereda o están en cuclillas sobre los peldaños de las entradas de sus casas, toman mate o hacen

circular grandes botellas de cerveza. Flamean fogatas en algunas esquinas, arden sin llama los leños: se preparan los asados.

«¡Gool!» Los retoños son animados y aplaudidos, ya sea en el medio de las calles de Montevideo, en los sitios eriazos, en los parques, en la playa o donde los pases tengan lugar. La esperanza de padres y madres es que algún día entren corriendo al Estadio Centenario como profesionales. Aún se mantiene la inextirpable creencia de que en Uruguay se puede hacer la gran plata con la pelota de fútbol. Se desoyen las objeciones como ésta, la de un jugador de la liga nacional: «Si tienes suerte y llegas a ser contratado por uno de los clubes de primera, aún así, es incierto que llegues a tocar la plata grande».

Incluso los equipos más importantes pagan raras veces un promedio superior a los 300 dólares. Y en este oficio las pensiones son desconocidas... Sin embargo, la leyenda se mantiene con tenacidad: ¡ganan bastante bien dándole a la pelota!... Posiblemente en Italia, Francia o España. Los jugadores jóvenes viven soñando con algún ofrecimiento del extranjero. Como tantos otros jóvenes uruguayos, a los cuales su país no les ha ofrecido ningún futuro y que en la búsqueda de trabajo y de mejores salarios se han visto obligados a darle la espalda a su tierra.

El fútbol no es una excepción en este caso, tampoco es la tan cacareada «bagatela más importante del mundo»; al contrario, refleja no pocas veces la realidad social y económica.

«...de los 'once contra once' que a veces se transformaban en 'treinta contra treinta' en plena calle donde el último rayito de sol se tomaba el raje y la noche empezaba a copar con sus duendes de misterio». De esta forma o de otra parecida se inician muchos recuerdos de mejores tiempos, pretendidos o reales, dependiendo del bolsillo. Se invocan recuerdos de la antigua «Suiza latinoamericana». Pese a que, desde hace mucho, se hizo evidente que esa comparación no correspondía. Ni en lo político, ni en lo económico y tampoco en lo social. Entretanto, fue necesario entender que Uruguay se había «latinoamericanizado», que la carne no es otra cosa que materia prima y que el Uruguay, al igual que sus vecinos, depende de los precios del mercado de materias primas.

Es difícil despedirse de ciertas cosas. El consuelo pasa generalmente por lanzar una mirada hacia atrás, hacia un pasado glorioso y lo hacen tanto las publicaciones conservadoras como - sino más - los diarios de izquierda. Era, en aquel entonces, el período de gloria de los torneos de barrio y de los campeonatos. *Mate amargo*, el

periódico de los Tupamaros: «La crónica recuerda que en 1933, Danubio disputaba la final del campeonato de la Aduana, en el que intervenían 99 cuadros. ¡Noventa y nueve equipos en un torneo de barrio! Si serían otros tiempos para el país y para el fútbol...» Y El Día, diario de derecha, también echaba una mirada cargada de nostalgia a ese pasado: «Era la época del fútbol sin laboratorio, sin pizarrones ni computadores, que nos dio cuatro títulos mundiales e infinidad de lauros continentales y europeos. Cuando se jugaba con ganas, con entrega total, porque nacía del alma, aunque la milanesa a veces fuese dura».

Cuando la mirada vagabundea hacia el pasado trae, inevitablemente, el recuerdo del «Maracanazo» en el año 1950, y el inolvidable 2 por 1 en la final del Campeonato Mundial que marcó la derrota de un Brasil colosalmente favorito en el Estadio Maracanã. Y así también se recuerda a Juan Alberto Schiaffino: «Íbamos a perder. Pero sucede que los equipos uruguayos han obtenido triunfos cuando todo los descartaba». Así hablaba quien, de acuerdo al periódico italiano *II Mondiale* era uno de «los ases que han iluminado la historia de los mundiales». Y agregaba acerca del que iba a ser una de las estrellas de la Liga italiana: «...el cerebro futbolístico más grande que jamás se haya admirado. Una visión del juego inmediata, un manejo de la pelota jamás inútil, lanzamientos calculados al milímetro, verticalizaciones del juego e intempestivas «metidas» para convertir. Un gran director de orquesta que los italianos tuvieron oportunidad de admirar...»

Eran aquellos tiempos en los que, también, los clubes podían sostener a sus estrellas: «se exportaba menos y se traían a nuestro país algunos cracks de Argentina, Chile o Brasil».

### ***El fútbol como parte de una cultura***

«Es bastante difícil ser uruguayo y no mostrarse interesado por el fútbol. Aquí, en este país, uno no puede avergonzarse por el interés que se le pone al fútbol. Es un deporte que arrastra a la gente, incluidos los escritores», opina Mario Benedetti, cuyas obras son ampliamente conocidas más allá de las fronteras de su país; evidentemente menos difundida es su «Puntero izquierdo», una historia futbolística. El fútbol es parte de la cultura. Son muy pocos los intelectuales que, arriesgando la nariz, se queden fuera de juego. O los que ven en este deporte nada más que una alienación colectiva y que sólo sirve para lanzar un velo sobre la real estructura de poder y sobre los conflictos de intereses de la sociedad. El joven Eduardo Galeano de 1968 escribía en el primer fruto de su oficio, una antología sobre el fútbol: «Hay intelectuales que niegan los sentimientos que no son capaces

de experimentar ni, en consecuencia, de compartir: sólo podrían referirse con una mueca de disgusto, asco o indignación... No niego que el fútbol empieza por gustarme, y mucho, sin que eso me provoque el menor remordimiento ni la sensación de estar traicionando a nada ni a nadie, soy confeso consumidor del opio de los pueblos. Me gusta el fútbol, sí... y me gusta compartir euforias y tristezas en las tribunas con millares de personas que no conozco y con las que me identifico fugazmente en la pasión de un domingo de tarde. ¿Desahogo de una agresividad reprimida en el curso de la semana? ¿Merece uno el sillón del psicoanalista? ¿O bien se ha sumado a las fuerzas de la contrarrevolución?».

Peñarol. Lugar de nacimiento de los «carboneros», como también se les llama a los jugadores de Peñarol. Durante el siglo pasado, Peñarol aún permanecía fuera de los límites de la ciudad. Un pueblo que adquiere importancia cuando los británicos ponen, por primera vez, su pie imperialista en suelo uruguayo, en su penetración económica hacia el continente sudamericano y empiezan a hacer grandes negocios con los ferrocarriles. En Peñarol levantan talleres, construyen casas de estilo victoriano para los ejecutivos venidos de Inglaterra; en esta «Nueva Manchester», nombre que los extranjeros le daban a Peñarol. Aún hoy día existen calles que recuerdan a los británicos: calle Shakespeare, calle Newton, calle Fulton. Pero los ingleses no sólo trajeron técnicos, rieles y locomotoras, también hicieron conocer a los uruguayos - según un cronista de entonces - «un raro deporte». Los pocos curiosos se divertían - aunque sólo en los comienzos con «aquellos ingleses locos que corrían tras una pelota, en pantalones cortos». Pero muy pronto la chacota enmudecería. En 1891 se funda el «Central Uruguay Railway Cricket Club», que más tarde pasaría a llamarse Peñarol.

En Peñarol, el pueblo, existían antes dos cines, dos sucursales bancarias, un teatro y una policlínica estatal. Hoy, ya ni siquiera hay un cura para la iglesia y la única farmacia, que terminó siendo usada como local de ventas de cerámica, ha sido abandonada. Los vecinos deben tomar un autobús si quieren comprar aspirinas para el dolor de cabeza.

También la estación de Peñarol se encuentra abandonada. No hay ningún paciente pasajero que espere sentado en el banco de madera ese tren que llega siempre retrasado desde la provincia. Nadie marca con tiza las llegadas y salidas de los trenes. La campana ya no le da la salida a ningún convoy. Todavía tres o cuatro trenes resoplan, penosamente, sobre los rieles: transportan mercancías, no gente.

El gobierno conservador y neoliberal del presidente Julio María Sanguinetti se inclinó muy voluntariamente ante las recetas del Fondo Monetario Internacional y liquidó un servicio de transporte colectivo supuestamente muy deficitario. Mucha gente del interior del país quedó separada por la arbitrariedad del gobierno, del transporte público. Ahora hay dinero de la institución washingtoniana para la construcción de carreteras. El país tiene una primera necesidad: automóviles.

Frente a la pequeña estación se encuentran los talleres de la compañía ferrocarrilera estatal, AFE. Alrededor de 10 mil trabajadores se ganaban el sustento aquí, alguna vez. Hoy día, son algo más de 2 mil. Tras las murallas se amontonan desechos de locomotoras y vagones fuera de servicio. Una imagen de la decadencia, la cual tiene muchísimas caras en Montevideo.

### ***Ayer, hoy, mañana***

La aureola de la «Suiza latinoamericana» empezó a palidecer, en lo económico y en lo social, en los años 50. Durante el régimen de terror de los militares, el descenso social fue violento, mientras los militares acumulaban una siempre creciente montaña de deudas. En 1985 volvieron los civiles, pero en la política económica y social casi nada ha cambiado. El continuismo es la consigna. La búsqueda de trabajo obliga a la gente a emigrar, sobre todo a los jóvenes. Uruguay, envejecido a simple vista, sufre consecuencias que tampoco se le pueden ahorrar al fútbol.

Los salarios reales se han hundido, aun cuando el presidente convertía el salario en leche a través de la televisión, queriendo probar - así con cuentas de lechera la alta capacidad de consumo de los uruguayos. Las pensiones caen; se supone que ya no hay dinero en las cajas estatales. Mientras el presidente despilfarra, en efecto, alrededor de un 40 por ciento en defensa y seguridad. El gobierno delira con hoteles de cinco estrellas, mientras a las cooperativas para la construcción de viviendas se les cierran todos los caminos.

Son cada día menos los que pueden pagar con sus sueldos o salarios los alquileres en alza permanente. Son desalojados y algunos deben pasar días enteros con sus enseres en la vereda. En la mayoría de los casos sólo les queda levantar, con latas y restos de madera, un rancho.

En el año 59 había nada más que veinte cantegriles (villasmiseria, callampas, etc.), hoy existen más de ciento veinte. El hecho de que cerca de 730 mil uruguayos

viven en la pobreza, no puede ser negado ni por el gobierno. Es casi un cuarto de la población.

Cada vez hay más carritos por las calles de Montevideo. Tirados por caballos o por la fuerza del hombre. Salen en la madrugada desde los cantegriles para recoger desperdicios recuperables frente a la puerta de las casas: papel, botellas, metal... y restos de comida. El ingreso familiar oscila, al cambio, entre dos y tres dólares. De esta manera, el tiempo libre que debiera ser destinado a la recreación no es más que una enorme burla. Lo mismo sucede con las entradas al estadio Centenario, el lugar de los «matches» legendarios. El billete de entrada más barato cuesta, para un partido importante, más de un dólar. A modo de ejemplo: para el pintor cesante Roberto Pereira, que *vive* desde hace cuatro años en un cantegril y tira de su carrito por las calles, significa que «tendría que trabajar cuatro e incluso cinco días si quisiera ir al estadio. Pero entonces, mi familia de cinco personas se quedaría absolutamente sin comer».

En las calles polvorientas y sin pavimento, donde se alinean las chozas hechas de vigas, tablas, latas y cartón, juegan los niños. Una lata tirada sirve como juguete y, frecuentemente, también sirve para el fútbol.

La alarmante ausencia de espectadores en los estadios tiene, sobre todo, causas económicas. En no mejor situación que los habitantes del cantegril se encuentran aquellos que tienen un trabajo estable y que deben sobrevivir con el salario mínimo, de menos de cien dólares. Además, los cantegriles ya no son una exclusividad para cesantes. Para los trabajadores estables, ir al estadio también se ha convertido en un hecho excepcional. Y cuando es necesario mejorar el presupuesto familiar con doble trabajo, entonces el precio lo paga el descanso. Es decir, sueño en vez de fútbol.

El estancamiento del interés por el balompié es comprobable en todos los países latinoamericanos. Pero en Uruguay pega más fuerte. El pequeño país del Río de la Plata tiene sólo 3 millones de habitantes. Por esta razón, el fútbol profesional está limitado a la capital. De esta manera, el ganador del campeonato no debiera engalanarse con el título de campeón uruguayo, sólo debería llamarse campeón de Montevideo. Al interior del país sólo le queda el rol de «proveedores de materia prima». Lo más asombroso es que esta Ciudad-Estado siga produciendo jugadores sobresalientes, de calidad internacional.

Pero la falta de espectadores también debe ser reconocida como una consecuencia del fiasco de México 1986. El semanario *Búsqueda* decía recientemente: «...en México hace casi tres años, quedó registrada la más grotesca y vergonzosa caricatura que el fútbol, el país y los uruguayos no nos merecíamos. De matones y algo más se nos trató antes y durante el Mundial de México en 1986». Mientras tanto, los «celestes» han ganado dos veces la Copa América y, pese a esto, apenas 3.000, 5.000 u 8.000 espectadores se pierden a menudo en el enorme círculo del Estadio Centenario. Veinte mil o bien 40 mil espectadores es definitivamente un gran éxito. Una venta total es una pascua, incluso para los dos grandes del fútbol uruguayo.

### ***La deuda, siempre la deuda***

No es de asombrarse que el fútbol sea comparable con la situación de endeudamiento del país. Peñarol puede, por ejemplo, mirar hacia un pasado notable, como lo hace Uruguay. El presente estaría, por el contrario, caracterizado por la quiebra.

México y la deuda fueron titulares sombríos. Los malos augurios siguieron acumulándose hasta fines de 1987. Cuando Peñarol gana la Copa, sus deudas estaban por encima de los 2 millones de dólares. En plena temporada, los jugadores de varios clubes amenazaron con una huelga. Querían ver, por fin, sus salarios y las primas. Durante cuatro meses no habían visto ni un solo peso. Y no solamente en Peñarol. Incluso algunos jugadores del Bella Vista, que jugaba en la primera división, llegaron al campo de juego con una tienda de campaña, porque - según un jugador - ni siquiera tenían el dinero suficiente para pagar el hotel, ni el viaje en autobús. El Banco de la República, estatal, tuvo que ayudar con créditos.

Peñarol ganó, por cierto, el campeonato; pero nadie habría apostado ni un peso sobre nuevos éxitos; demasiado pobre había sido la performance del campeón. El interés de los espectadores era, en consecuencia, muy flojo. Con una avalancha de clásicos - de encuentros entre los dos grandes rivales, Peñarol y Nacional -, los patrones de los clubes buscaban llenar las cajas. Los «clásicos», los que durante el desarrollo del campeonato procuran excitación y estadio lleno, habían pasado a ser un artículo de consumo barato y sin sentido. La cuenta les fue pasada inmediatamente: cada vez menos peregrinaje al Centenario, aun cuando uno se perdiera algunos milagros. Por ejemplo, cuando Nacional dominaba 1 a 0 hasta bien avanzada la mitad del segundo tiempo; a consecuencia de una jugada sumamente dura fueron expulsados dos jugadores de Peñarol y entonces sucedió

lo que era casi imposible. Nueve jugadores de Peñarol dieron la batalla, crecieron y se permitieron ganar 2 por 1.

Esta fue una muestra de la tantas veces elogiada, y tantas veces temida, «*garra*» que uno podría describir con un «no entregarse», «hacer fuerza» y «luchar hasta morir». Pero que también puede confundirse con «*leña*» (dar patadas al contrario). La *garra* fue elevada por algunos tozudos hasta convertirla en rasgo de carácter nacional. Secamente contestó el presidente de Peñarol, José Pedro Damiani, en una entrevista: «Los equipos uruguayos juegan mejor con nueve que con once jugadores». Sin embargo, admitió: «Cuando la *garra* se sobrepasa, se transforma en violencia». En México la *garra* degeneró en golpes y patadas, y no sin razón Búsqueda criticó: «Se llega a identificar entonces al futbolista de estas tierras con un guerrero armado hasta los dientes, que en el campo de batalla debe obtener el triunfo a cualquier precio». Mientras tanto, muchos guerreros de la *garra* volvieron a las artes del juego. «¡No, no!», decía el nuevo entrenador de Nacional, Héctor Núñez, «sólo con la *garra* no se juega al fútbol, hay que tener más cosas. Y el jugador de fútbol uruguayo tiene más cosas, aporta más cosas. Una buena técnica, aporta el saber ver muy bien el fútbol; porque hay gente que juega muy bien». Si no fuera así, el sueño de un contrato lucrativo en el extranjero sería irrealizable.

### ***El camino a Tokio***

A pesar de toda la mitología e ideología, tan queridas, de la *garra*, esta actitud rebelde mucho tiene que ver con ganar dinero. Los profesionales juegan, por sobre todas las cosas, por su propio bolsillo y durante 90 minutos el honor del club y de la patria no es lo único que baila ante sus ojos. Aun cuando en las conferencias de prensa suene diferente.

«Llegó a Nacional en el momento más triste de su historia. Sin jugadores, sin una moneda en caja, derrotado por años de amargura, con el estigma de los triunfos de Peñarol. Pese a todo, Roberto Fleitas exigió un contrato cuyas cláusulas, en noviembre de 1987, podían sonar irónicas: 20 mil dólares por ganar el campeonato uruguayo, 30 mil por la Libertadores y 40 mil por la Intercontinental. Era mucha plata, también un gran delirio». La revista argentina de deportes *El Gráfico* describe así el despegue del entonces entrenador de Nacional, Fleitas. Pero lo casi imposible ocurrió. Los primeros 20 mil dólares, Fleitas pudo ponerlos en su cuenta.

Pero la Libertadores parecía ser un bocado demasiado grande, tomando en cuenta que era necesario ganar al América de Cali, que también quería hacerse de la Copa



después de que el club colombiano fracasara apenas, en 1987, en la final frente a Peñarol.

Esta y otras vallas superaron los «tricolores». Entonces, cuando vencieron en la final al campeón argentino Newell's Old Boys de Rosario, la exaltación no conoce límites. Sobre la avenida 1° de Julio se descargaron verdaderas muchedumbres que recorrieron las calles hasta las primeras luces de la madrugada. Y la consigna hacía su propia ronda: ¡Ahora sí, además, seremos campeones del mundo! Aunque había un cierto tono de desaliento, sonaba poco convincente: llegar a jugar en el corro de esos rivales... con un equipo ganador de la Copa europea, nada menos que el PSV Eindhoven de Holanda, que cuenta con un gran número de «campeones de Europa».

Justamente a ese equipo debía enfrentarse un contingente cuyos jugadores habían sido descubiertos no hacía más de un año, en los pequeños clubes de Montevideo o en el interior del país, por los buscatalentos del Nacional.

*El Gráfico* decía acerca de ellos: «Con un poco de yerba y un mazo de naipes, estos muchachos del Nacional están cumplidos. Así son». Sorprendentemente, según parece, las 36 horas de vuelo hasta Tokio los había dejado preparados para ganar el juego en siete minutos. Santiago Javier Ostolazo había colocado el balón en la malla: 1 a 0. Pero las estrellas de Philips buscaban el empate y en el tiempo complementario tomaron la delantera. La ilusión pareció hacerse trizas. Pero Nacional se empinó, aunque con bastante desorden y precipitación. Literalmente, en el último minuto, Ostolazo empujó otra vez el «cuero» más allá de la línea del pórtilo. Empate. Con un impresionante disparo de once metros, Nacional se quedó con el triunfo luego de veinte tiros al arco.

«¡Uruguay que no, ni no!» se regocijaba el jugador William Castro. El delirio anunciado se transmitió rápidamente a Montevideo donde empezaba a despuntar el alba. En cuestión de minutos se llenó, de nuevo, la 18 de Julio, con miles y miles de personas que daban rienda suelta al entusiasmo por el triunfo de su equipo. En Tokio, mientras tanto, Ostolazo repartía sus 12.500 dólares que los organizadores habían ofrecido al mejor jugador del cotejo intercontinental. Nadie se fue con las manos vacías, ni los jugadores, ni los reservas, ni siquiera los masajistas.

### **Otro mundo**

Para el supuesto y gran favorito PSV Eindhoven, el dinero no parece jugar ningún papel. La transnacional Philips, que coordina sus negocios a nivel mundial desde su sede en Eindhoven, se ha propuesto hacer algo grande con el club, de acuerdo a lo que declaraba el consejero del PSV, Frank Arneson, antiguo internacional danés: «La empresa ha decidido convertir al club en el mejor de Europa. Queremos comprar los mejores jugadores del mundo, cuesten lo que cuesten. La idea es hacer del PSV un nuevo Real Madrid».

No hay de qué asombrarse entonces si la millonaria Philips paga 4.000.000 de dólares por el brasileño Romario de Souza Fariás, el rey de los tiradores al arco en los Juegos Olímpicos. Una pequeñez, tanto como los sueldos de esos artistas de la pelota. Las estrellas del PSV ganan, en promedio, diez mil dólares mensuales. ¡Cada uno! Y todavía hay que agregar las espléndidas primas.

Frente a esta situación, los jugadores de Nacional parecen unos «niños peloteros». En tiempos normales, cuando no está en juego ninguna copa, sólo los mejores llegan a 700 dólares mensuales, la mayoría debe conformarse con menos. A decir verdad, existen premios - 8.500 dólares por jugador en la Copa Libertadores, por ejemplo -, pero aparte de algunos modestos adelantos, los mejores de Sudamérica no han visto mucho hasta ahora. La situación financiera de los clubes parece todavía crítica. Y a pesar de todo, también es válida para el ganador de la Copa de Montevideo; así lo exteriorizaba uno de sus jugadores: «Para nosotros no hay otra alternativa que ganar, de otra forma no vemos ni un peso y el futuro puede ser muy negro».

Siendo Nacional el único equipo que se ha adjudicado tres veces el cotejo intercontinental, no le quedan sino los partidos amistosos para aplicar el sobreprecio de «campeones del mundo». Y empezar a reducir la deuda... Aunque sólo lo conseguirá a cabalidad cuando venda sus mejores jugadores, o mejor dicho, cuando los exporte. Los títulos, naturalmente, han hecho subir los precios de venta de estos jugadores mercancía.

Todo transcurre como en los grandes negocios de la deuda. Y se vuelve a poner en evidencia que el fútbol en Latinoamérica es tan dependiente como lo es la economía de cada país. Y de la misma manera, están obligados a exportar. *Mate Amargo*: «El sacrificio de lo deportivo en función de lo económico es una de las

consecuencias más dolorosas e injustas a que se somete y se humilla al fútbol de países pobres como el nuestro».

Ni siquiera a través de las más recientes variantes en los negocios de la deuda aplicadas por las naciones ricas, se ha hecho un alto frente al fútbol: se absorbe en beneficio propio a las mejores empresas de los endeudados, con cuantiosas rebajas; lo mismo ocurre con los jugadores de fútbol. Con una «*debt for equity swaps*» (pagar la deuda a través de un cambalache equitativo - N. del T.) los de Eindhoven rapiñaron al brasileño Romario.

A largo plazo también el fútbol latinoamericano podría desangrarse, ni más ni menos que la economía. Para el deporte en su conjunto, hay cada vez menos dinero; nada se puede destacar en cuanto a progreso deportivo, con la sola excepción de Cuba. Pero esa es otra historia.

Sólo los europeos tienen todavía el dinero suficiente - y dentro de poco, también los Estados Unidos, anfitrión del Campeonato Mundial de 1994 - para comprar los mejores jugadores. Los cracks de Peñarol se van por 500 mil dólares y hasta por 2 millones. Los artistas uruguayos del fútbol juegan en Francia, Italia y España o en los clubes que se mantienen relativamente «ricos» en Brasil y en Argentina. En un póquer de millones como éste ni siquiera los vecinos pueden ser de la partida. Apenas se sostienen los equipos colombianos, pero son casos singulares, porque se basan en una materia prima «voladora» y repleta de dólares, como lo hace aparentemente toda la economía del país andino. Luis Noé, el jugador uruguayo que compite por puntos y título en la capital del Cartel de Cali, en el equipo América de Cali, dice: «Colombia debe estar en este momento entre las mejores pagas; siempre en fecha; nunca hay problemas para el cobro». Dólares contantes y sonantes. El fútbol como lavadero.

### ***Pese a todo y sin embargo...***

«Aquí se queda la calidad mediocre», se queja el escritor y fan del fútbol Mario Benedetti: «apenas un jugador joven se destaca, es rápidamente vendido». Y así decae el interés. Los fanáticos se quedan en casa y no sólo por los pesos que faltan. Les queda, en todo caso, la pantalla chica si quieren admirar a sus ídolos chuteando en el extranjero como - Rubén Paz, Bengoechea, Enzo Francescoli, Rubén Soza, Alzamendi o Diego Aguirre. Pero esto no espanta las inquietudes de los clubes, los que, por añadidura, buscan a través de clásicos, juegos amistosos y

torneos improvisados y mal organizados seducir a los hinchas para llevarlos de nuevo a las gradas.

El año pasado, en el momento culminante de un entrevero de organización, el presidente de la Asociación Uruguaya de Fútbol, Donato Grieco, increpaba: «¡Pero si aquí no sabemos qué va a pasar el mes siguiente, no sabemos cuándo va a comenzar la actividad oficial!». Suele suceder que ocho días antes de un clásico ya establecido no se tenga seguridad de si efectivamente y cuándo sonará la pitada inicial. La búsqueda de un nuevo entrenador para Nacional no había sido resuelta cuando faltaban cuatro semanas para el comienzo de la Copa sudamericana. Pese a todo, Uruguay se tituló campeón del torneo. Peñarol llegó a la Copa Libertadores con una cobertura de jugadores muy débil: apenas 13. En su mayor parte, muy jóvenes y sin experiencia. Sin embargo, se dispararon hacia el trono de los campeones.

Pese a la miseria, los equipos sudamericanos salen airoso al ser comparados con los futbolistas europeos que cuestan millones. Suena ligeramente reconfortante el que no todo sea conseguible con inmensas sumas y con una sofisticadísima *Hi-Tech* deportiva. Damiani dice: «Cuando compran a un jugador lo examinan de arriba a abajo, minuciosamente. Aquí todo es muy distinto, lo miran un poquito... y a entrenar». Y Europa con todo su fútbol altamente perfeccionado tiene que contar con rivales que hacen un juego inteligente y avisado; que son todo menos perfectos, como observaba con asombro el corresponsal en Sudamérica del diario español *El País*: «Bolivia llegó a la copa con dos jugadores de menos. Habían sido apartados del grupo por el seleccionado porque los sorprendió en una aventura amorosa poco antes de salir de viaje. Venezuela llegó el mismo día que tenía que jugar su primer partido, tras un vuelo de 10 horas. Chile, muy al estilo español, llegó discutiendo las primas y hasta pocas horas antes de su primer partido se dio por seguro que no jugaría. Brasil, tras su ominosa derrota por 4-0 ante Chile, pasó por fuertes broncas dentro del grupo. Periodistas y jugadores estuvieron a punto de llegar a las manos, y la expedición emprendió el viaje de retorno por separado, en dos grupos. En Argentina, Maradona no ha entrenado ni un solo día durante todo el campeonato... El fútbol en América es todavía un juego. Como tal está sujeto al capricho y a la desorganización, pero mantiene unas cualidades lúdicas perdidas hace tiempo en Europa... En el fútbol americano sigue quedando un margen para la diversión, a veces para el capricho, que marca la diferencia negativa con respecto al europeo. La positiva la marca, por el contrario, el hecho de que aquí se respeta más un buen trato del balón, la iniciativa individual, el genio, el chispazo de dos jugadores que se juntan para inventar, la sorpresa».

Nada menos que el antiguo portaestandarte del fútbol de Alemania Federal, Karl-Heinz Rummenigge, brindaba hace poco entusiastas elogios. Admira el fútbol sudamericano y lo que más le hubiera gustado habría sido jugar alguna vez en Brasil. El fútbol europeo no tiene nada más que enseñarle a los sudamericanos. Es al revés, incluso en lo que a táctica y técnica se refiere. Esta realidad se refleja en el simple hecho de que muchos futbolistas latinoamericanos se hayan alistado en clubes europeos.

Las palmas se las lleva Portugal. De los 15.000 brasileños que viven en tierra lusitana, hay entre 2 mil y 3 mil futbolistas. Solamente en la liga nacional juegan 109 jugadores de la ex-colonia. Y no precisamente en detrimento de las cajas de los clubes; porque contra toda la tendencia, antes señalada, de una notable baja del interés de los espectadores, allí ocurre lo contrario: acude en masa al estadio el doble de fanáticos de hace solamente un par de años. No sin la «ayuda al desarrollo» de los brasileños.

En la calle Isla de Flores corren los chicos tras el balón, como todas las tardes. Jirones de palabras cruzan el aire. Aquí y allá se escuchan gritos de aliento. «¡Gooool!» resuena en algunos radios a transistores: se juega justamente ahora la liguilla en la que se define cuáles serán los dos equipos que participarán en la Copa Libertadores. Peñarol debe entregarse entero si pretende hacerse escuchar en la cima. Y si no quiere sucumbir bajo la montaña de deudas.

La esperanza hizo retroceder el pesimismo durante 1988. Los comentarios de un cronista deportivo, que pretendía conjurar con el temor la situación, parecen haber caído en el olvido: «¿Qué es nuestro fútbol? El aburrimiento total. Somos lentos de reflejos; no tenemos ambición goleadora; no hacemos dos pases seguidos bien; y lo más grave, no dominamos los fundamentos del fútbol». Con orgullo se exhiben hoy los títulos sudamericanos ganados en los últimos años, los que se ganaron con la «celeste», en la juventud o con los clubes punteros. Sólo que desde 1950 los «yorugas» (uruguayos, en el argot del Río de La Plata) no han vuelto a ganar el Campeonato Mundial. Eso quema. *Juventud* escribe con optimismo: «Sólo nos falta volver a ganar un Campeonato del Mundo: si usted vio jugar a la selección frente a Perú con Francescoli, Sosa, Pereira, Vidal y otros... ¿Quién puede pararlos en Italia 1990?»